

“Amar un roble por su belleza”: la útil inutilidad de la literatura infantil

Juan Camilo Tobón Cossio

Mg. en Didácticas para Lecturas, Escrituras y Literatura U.S.B. - Bogotá, Promotor de lectura, jctobonc@academia.usbbog.edu.co

Amar un roble por su belleza, es tiempo perdido: ¡a mí háblenme de un libro que, rápidamente, enseñe a los niños a calcular lo que un roble puede rendir una vez aserrado y convertido en planchas de madera!

Paul Hazard

¹ Paul Hazard, *Los libros, los niños y los hombres* (Bogotá: Babel libros, 2020).

² *Ibid.*, 17

³ Nuccio Ordine, *La utilidad de lo inútil* (Barcelona: Acantilado, 2013).

⁴ Robert Louis Stevenson, *Defensa de los ociosos* (Madrid: Gadir, 2009).

⁵ Frente a estas amenazas que desembocan en odio, ver el artículo: Juan Camilo Tobón Cossio. “Cuando despertó, el odio todavía estaba allí: presencia latente y silenciada en la L.I.”, *Revista Universidad de Antioquia*, 348 (2023): 78-82.

Al hacer un recorrido por el libro de Paul Hazard: *Los libros, los niños y los hombres*¹ nos encontramos con una exposición del devenir histórico de lo que se ha denominado como literatura infantil —en adelante L.I.—. Este autor, haciendo un recorrido por algunos hitos de los libros para niños en diversos países europeos, se plantea una tarea importante a instaurar en la vida de los niños y niñas: “habituat[los] a considerar el libro como algo inseparable de su vida”². Pero esta tarea de fomentar el ‘hábito’ del libro ha sido una consigna cargada de ideas filosóficas, pedagógicas y morales asumidas por la Modernidad que procuran la adecuación de sus lectores a un ideal que no siempre trae consigo matices humanizadores.

Motivados por la propuesta de Hazard y la crítica que hace a la postura anglosajona manifestada en el epígrafe inicial, requerimos volver permanentemente la mirada a ese fenómeno llamado L.I. desde distintas ópticas y matices que permitan reconocer la condición humana que late en toda manifestación literaria. En este orden, el presente texto propone una lectura desde algunas muestras de esta expresión estética restituyendo la necesidad del deleite, la inactividad, el ocio, la risa y otras acciones humanas que se ubican en la región de esos ‘saberes inútiles’ a los que apuntaron Nuccio Ordine³ o Robert Louis Stevenson⁴; ‘saberes inútiles’ que nos invitan a

resistir a la prisa que nos impide *leer*, esto es, detonar la multiplicidad de significados, repercusiones, resonancias, interpretaciones, preguntas, conexiones, re-creaciones y otras experiencias que suscita un texto, particularmente del tipo que ya se ha mencionado —la L.I.—.

Los libros para niños y jóvenes, y dentro de ellos la L.I., han sido utilizados por la tradición cultural para reproducir sus valores y consignas. Las exposiciones, narraciones y expresiones líricas para niños y niñas han sido vistas como herramientas para modelar la fuerza desmesurada de la *hybris* humana, para estimular la protección del colectivo frente a las amenazas del entorno o de lo ‘extraño’⁵ y fomentar actitudes y habilidades que le permitan al individuo incorporarse en las dinámicas sociales de intercambio y producción; acciones que garantizan la supervivencia exitosa de la comunidad humana y el progreso de cada sujeto dentro de ella. No obstante, en la L.I. hallamos textos que nos invitan a la contemplación, a cierta inactividad, la risa y la ociosidad que permiten que en nosotros —sus lectores— afloren las facetas que nos dirigen a la inutilidad, a aquello que no es lucrativo, al menos, de manera inmediata o conveniente para los ideales de la cultura de la producción y la utilidad.

Si bien la lectura tiene como *beneficio* estimular en nosotros el aprendizaje, también hay

una dimensión de esta que nos invita a la fruición en las palabras mismas, tal vez a perder de vista el *aprehender para* y centrarnos en el *atender por*, ¿no experimentamos esto cuando de chicos nos deleitábamos con algunas canciones de la tradición popular o rondas?, ¿cuántas veces no solicitamos a alguien que nos contara una historia una y otra vez, solo *porque sí*, no porque nos hiciera mejores sujetos, o porque contribuyera con nuestro perfeccionamiento moral o porque era la respuesta para solventar nuestros exámenes en la escuela? Pedíamos su repetición porque nos emocionaba, porque trastocaba el orden de las cosas y nos lanzaba a los terrenos de la dicha de la musicalidad de las palabras, de la sorpresa a nuestra razón o porque nos sumergía en nuestros propios recuerdos y afectos. *Amar el roble por su belleza* es, acaso, una invitación a la contemplación gratuita y gratificante, a suspender el *interés para* algo y dejar que el lenguaje, lo humano y la belleza sucedan en la experiencia de leer, en su poética —acto creador—. Valga decir que, aunque este texto se ubique en los terrenos de lo literario, no desdeña de las potentes y gratuitas impresiones que dejan los libros informativos para niños, cuya apertura del mundo también permite al lector apreciar la *belleza del roble*, la maravillosa novedad del mundo...

Como podemos notar, lo anterior se configura como un pretexto para la confrontación de nuestras prácticas de mediación de la lectura, las cuales oscilan entre extremos radicales que pueden opacar la belleza del *roble*. Extremos desde un esteticismo *per se* a un didactismo riguroso, de una liberalidad sin causa a una exasperante instrucción moral o académica, del protectionismo vacuo al desdén mismo de la L.I. y del lector infantil.

Dicho lo anterior, el recorrido de este artículo presentará un mosaico de textos representativos de la L.I. que permitirá atisbar la importancia de *lo inútil* en la experiencia de la lectura y en la formación de lectores, los cuales espero que sean perspectivas ‘útiles’ para detonar el deseo de acudir a ellos individualmente y con los niños y niñas de nuestro entorno.

Alicia⁶

Esta obra de Lewis Carroll, considerada como canónica de la L.I., ha sido motivo de múltiples lecturas y estudios en diferentes campos del conocimiento. Esta novela, cuyo origen anglosajón contrasta con el epígrafe de inicio de este texto, pues nació de la intención de Carroll de proveer de historias para el *entretenimiento* de su querida Alice y, posteriormente, lográndolo con niños y niñas —y, por qué no, adultos— de distintos contextos y tiempos.

Alicia es espejo de esa infancia rebelde, ingeniosa, curiosa y juguetona que se resiste al mundo adulto parametrizado por el poder del racionalismo o el pragmatismo y las normas de la oferta y la demanda. Alicia se adentra en un mundo de ‘disparates’ que cuestionan el universo del que ella proviene —el de la pulcritud impuesta por los adultos—. Diálogos cargados del fluir del lenguaje como quien abre la canilla y luego no puede detener el torrente, en el que el humor, la sátira ingeniosa y la perplejidad dejan en el lector la pura ganancia de la dicha del hallazgo de aquello oculto a los sentidos.

¿Qué ganancias puede sacar el lector de *Alicia en el país de las maravillas*? Acaso contribuir con un dígito más que alimenta a las útiles encuestas de lectura por habitante de un entorno; pero más allá de eso, se logra la *ganancia* de una amistad imaginaria con quien se enfrentan las vicisitudes de la vida, en especial, la de crecer, ¿qué otra *ganancia* puede haber?

Ante las anteriores preguntas algunos didactas podrán sobresaltarse, pues no se trata de un libro que se oriente a la comprensión de la morfología de la lengua. Por el contrario, Carroll juega con la plasticidad del lenguaje creando situaciones y personajes que poco tienen de la rigidez omnipotente de la gramática. Algunos eruditos se han propuesto aplicar una lectura aritmética de este texto, pero, a pesar de ello, el número y la sucesión del tiempo parecen chorrearse entre las páginas como lo hacían los relojes en las pinturas de Dalí o los versos de Luis Vidales⁷, por lo que en *lo inútil* del libro es

⁶ Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*, ilustraciones: John Tenniel (Barcelona: Alma, 2020).

⁷ En su poema: “Elegía humorística”, Luis Vidales escribía: “Los relojes pierden el tiempo”.



Carlos Motta / Self-Portrait with Death #3, 1996
Impresión de inyección de tinta de archivo / 76.2 x 114.3 cm / 30 x 45"
Cortesía Mori Charpentier, Bogotá/Paris

donde encontramos su poder fascinante y la potencia que ha llevado a que esta niña de más de siglo y medio siga atrayéndonos con sus facetas amorosas, rebeldes, indagadoras y poéticas (creadoras).

*El oso que no lo era*⁸

La oportunidad del sujeto para ahondar en aquello que *es* y que *anhela ser* resulta una cosa bastante *inútil* en un sistema de producción. Este será, acaso, el asunto que nos recuerda este otro clásico de la L.I. escrito en 1946.

Frank Tashlin —su autor e ilustrador— supo bien de los sistemas de producción al ser ilustrador de las grandes industrias de la imaginación: Disney, Warner y Columbia Pictures. Sin embargo, al acercarnos a este libro hallamos una crítica sensible e inteligente a los sistemas industriales y la tramitología empresarial. En él, un oso despierta de su período de hibernación y descubre que sobre su guarida se ha construido una fábrica donde es confundido con un obrero más. Pronto se le piden resultados, pero al tratar de aclarar que se trata de un oso, es conducido de escaño en escaño en la empresa para que presente sus descargos.

El oso solo quiere aclarar que es un oso, al que le gusta el bosque y las moras, y que, de tanto en tanto, se resguarda para hibernar, lo que resulta incomprensible por parte del capataz y del jefe y del gerente, ya que a un ser se le reconoce en su calidad de obrero, esto es, de pieza para la producción del gran engranaje y no desde sus razones y su ser. Sin duda, una fuerte crítica social que permite crear un escenario en el que las palabras de Gonzalo Arango resuenan con enorme fuerza vital e inmenso desasosiego:

No todo es *Hacer*, Medellín. También *No-Hacer* es creador, pues no sólo de hacer vive el hombre. Dijo Lawrence: “Prefiero la falta de pan a la falta de vida”. Pero tu fanatismo laborioso no te da tiempo para asimilar otras filosofías de la vida. No has tenido tiempo de aprender a vivir, sólo sabes trabajar y morir.⁹

El oso solo quiere ser lo que es, cumplir con lo que lleva y mueve su corazón, ¿no debería permitirse este espacio de *no-hacer*

también a la infancia y a cualquier persona para sentir, pensar y discernir su existencia?

*El topo que quería saber quién...*¹⁰

Esta historia, de corte escatológico, resulta ser una transgresión al tabú, ese asco gracioso y necesario en los niños y niñas a las heces. La historia vincula dos fuertes experiencias de lectura: por una parte, la literaria —los sucesos que llevan a que el topo esclarezca el misterio del mojón sobre su cabeza—; por otra, informativa, pues el autor y el ilustrador, dotan al lector de una serie de referencias que son pistas para dilucidar el enigma; dichas pistas están relacionadas con las presentaciones del popó de los distintos animales que son auscultados por el topo, hasta que llega el momento en que el topo tome venganza y el lector conozca al responsable de tal agravio y la forma del popó del personaje del libro.

Este libro desata en el lector la risa y la complicidad, sin que su finalidad sea estrictamente el aprendizaje coprológico o de la fisiología de los animales. El deseo de acompañar al lector página tras página moviliza en la lectura del texto el deseo de querer saber más como una manera de entretenimiento y gracia. Así, pues, apelando a asuntos que parecen descabellados y dignos del desdén de los *odiadores*, tanto el autor como el ilustrador de este libro abren una brecha para que ‘lo infantil’ asome en medio de la cotidianidad; así el juego, lo chistoso, pero también el rigor narrativo y científico desencadenen una historia que hable con el lector, le interpelen y la hagan —al menos como pasa en mi caso— digna de amor.

Un libro *inútil* desde las concepciones utilitaristas de un objetivo pedagógico, que rompe con ese *corral* de pulcritud —por evocar una muy potente imagen de Gabriela Montes¹¹— en el que la ‘infancia’ como concepto inmaculado debe ser protegido con escrúpulo y a toda costa de las inmundicias de la fantasía, pero de quienes no resultan relevantes todas las violencias en lo físico, psíquico y simbólico a las que son sometidas de manera soterada por las lógicas de consumo, desecho y odio de la sociedad contemporánea.

Un libro donde vale la pena ser niño —o volverlo a ser— para disfrutar de la sonrisa que tanto se ve amenazada.

*Qué leen los animales antes de dormir*¹²

Leer es un acto que no solo nos induce a reflexionar sobre nuestra condición humana, también nos introduce en los torrentes del conocimiento que han posibilitado nuestra apropiación y transformación del mundo. No obstante lo anterior, ella —la lectura— también nos invita a la experiencia del ocio —el cual no es inercia, sino un reposo activo de la atención— y a la conversación con el texto, el contexto y nosotros mismos. Lo anterior nos conduce a pensar que para leer debemos suspender los ruidos de la acción, las voces de la dispersión y las presiones por la producción o acumulación de saberes.

Qué leen los animales antes de dormir es un libro álbum que convida a recorrer diversos parajes de la literatura y la pintura solo con la dicha que produce la conjunción de la palabra, la imagen y las asociaciones con nuestras propias experiencias. Sin duda que la acumulación de capital cultural permitirá un disfrute más profundo de esta propuesta, pero el libro se propone como una provocación a buscar referencias, no con el afán de la erudición, sino de enriquecer nuestra propia experiencia vital de la lectura.

Se *ama el roble por la belleza* del tiempo y de la meditación que conducen a un objeto cultural como este álbum y si en algo queda una inquietud pragmática es de carácter íntimo en el lector, quien se siente interpelado por su autobiografía de lecturas, por el cúmulo de textos que le habitan y las experiencias de vida relacionadas con ello; incluso, se puede preguntar —tanto el niño como el adulto que recorren sus páginas—: ¿Qué libro estoy leyendo en este momento? por lo que abre la puerta a dinamizar aquellas lecturas que parecen aletargarse en algún rincón de nuestra casa o existencia.

*Cigarra*¹³

Este libro álbum, catalogado en algunas bibliotecas, librerías y catálogos como L.I.

—lo que deja un aire de sospecha—, toma como personaje central a una cigarra oficinista, un oficinista entre tantos: condenado a la rutina, a suprimir su voz, a conformarse con un minúsculo espacio, al gris del hormigón de los edificios, al minimalismo de una vida útil —más bien de utensilio—, pero un día... (permítanme dejarles esta parte a ustedes).

Cigarra es una fractura a la lógica del consumo y el desecho, a las ideas de quienes encuentran en el *roble* solo láminas de madera, transacciones comerciales, lucro y voracidad. Un libro que inquieta, trastoca y, en ocasiones, deja asomar una lágrima en algunos lectores adultos; en el lector infantil despierta la empatía con el personaje; pero, tanto en unos como en otros, interpela el horizonte vital que se quiere asumir por el resto de los días. Así, esa *inútil* e invisible cigarra, junto con otras *inútiles* e invisibles cigarras recuerdan lo que son y despliegan sus alas para teñir el gris constante del libro —y de algunos momentos de la vida— de color.

¿Qué *utilidad* tiene esto? No resulta sencillo saberlo. A veces, ensueño cómo serían las lecturas de un libro de este tipo en contextos de dictadura, de hegemonías nacionalistas o de voracidad industrial o digital y las denuncias que desataría, así como sus silenciamientos; pero, también vislumbro el presente donde no resultan tan distantes las circunstancias en las que los niños y niñas crecen bajo lógicas que imponen homogeneidad de pensamiento, determinación y gustos, siendo dominados por un algoritmo dictaminador del consumo y para que este consumo perviva, algunos venden su alma por lentejas sin poder pensar, cuestionar, elegir o disentir. Tal vez solo la rebelión —el cuestionamiento— de los ‘inútiles’ pueda teñir de nuevo de color el cielo de nuestros días.

¿*Cigarra* es un libro para niños? Claro que sí, pero también lo es para aquellos que poco a poco hemos olvidado *amar un roble por su belleza* y, acaso, ese roble seamos nosotros mismos como sujetos, como especie o como familia.

¹² Noé Carlain y Nicolas Duffaut, *Qué leen los animales antes de dormir* (Bizkaia: Juventud, 2011).

¹³ Shaun Tan, *Cigarra* (España: Bárbara Fiore Editora, 2018). || Reseña: https://bit.ly/3sqDkQG

A modo de cierre

¹⁴ Sobre estos calificativos en la L.I., un referente valioso es el texto: María Teresa Andruetto, *Hacia una literatura sin adjetivos* (Bogotá: Luna libros, 2018).

¹⁵ Paul Hazard, *Los libros, los niños y los hombres* (Bogotá: Babel libros, 2020), 89 -90.

Concebir la L.I. como *una pérdida de tiempo* puede resultar complejo de cara a la búsqueda de formación de lectores —entre los que debemos contarnos como adultos, también—. A veces se la considera como algo sin importancia, un género menor o un fenómeno editorial cuyo calificativo¹⁴ desdeña la importancia y nivel de otros tipos de lecturas; no obstante, *perder el tiempo* leyendo estos textos puede resultar una experiencia provocadora de distintas experiencias que se donan con completa gratuidad al gusto de quien acude a este tipo de obras.

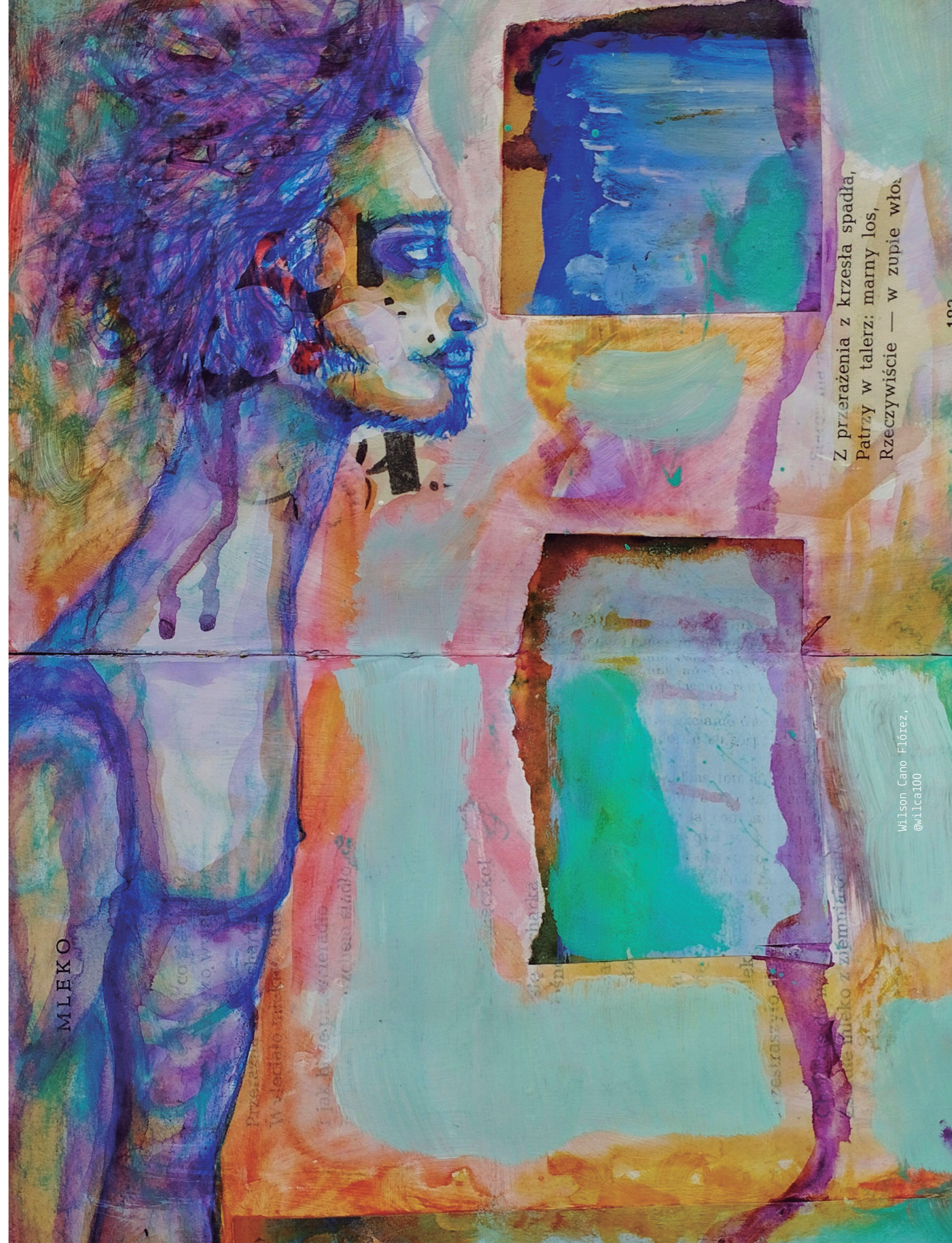
Por lo anterior, *amar un roble por su belleza* es una invitación a habitar la otra cara de la moneda, esa que suspende por un momento los afanes de la producción, el lucro, la *normalidad* y la utilidad, las cuales han llevado a la humanidad a enormes logros, pero también al agotamiento de las mentes y las almas. Morar esa cara de la moneda donde la risa, la palabra misma y la contemplación dan forma a lo que somos y buscamos, a lo que nos encuentra y nos define, ¿no necesitan esto con urgencia nuestros niños saturados de metas académicas, deudas históricas y un bombardeo de marcas que los conciben como productos de intercambio de datos y cifras de consumo?

Vale la pena, entonces, detenerse y abrir tanto el mundo de la vida como los libros de nuestras bibliotecas para alentar la fruición de la belleza, de lo sorpresivo y lo cómico que encierran las palabras, las situaciones que se nos presentan y lo que somos en nuestro rincón más íntimo, allí donde asoma la rareza, el desborde, la dicha y el desasosiego, la contención y el éxtasis: la *hybris* que albergamos en nosotros mismos y que son los niños y niñas destinatarios de los libros expuestos en este cuadríptico y en tantas librerías del orbe. Esto implica darle un espacio a aquello que de dionisiaco encierra nuestra condición humana para que lo apolíneo reluzca en algún tramo de nuestros días y en los que aquellos que apenas inician a vivir.

Después de este recorrido valdría la pena finalizar con palabras de mismo Paul Hazard:

Y amo los libros que despiertan en los niños, no la sensiblería, sino la sensibilidad; que los hacen partícipes de los grandes sentimientos humanos; que siembran en ellos el respeto por la vida universal, de los animales, de las plantas; que no enseñan a despreciar todo aquello que hay de misterioso en la creación y en el ser humano.

Y también amo los libros que respetan el valor y la eminente dignidad del juego; que comprenden que el ejercicio de la inteligencia y de la razón puede y debe no tener siempre por objetivo inmediato lo útil y lo práctico.¹⁵ 



Wilson Cano Flórez,
@wilcai100